

Un posible Watergate para Ford y Kissinger

LA CIA INVESTIGADA

LOS investigadores van a ser investigados a su vez: esto es lo que ocurrirá en Estados Unidos con la CIA si el Presidente Ford acepta la sugerencia de que cree un organismo especial —«public commission»— que trate de averiguar hasta qué punto la CIA, a la que ya dos de sus analistas llamaron un día «gobierno secreto», ha sobrepasado sus derechos y ha realizado o está realizando un espionaje interior sobre ciudadanos norteamericanos. Algunos bastante importantes, como el veredicto juez Douglas, del Tribunal Supremo.

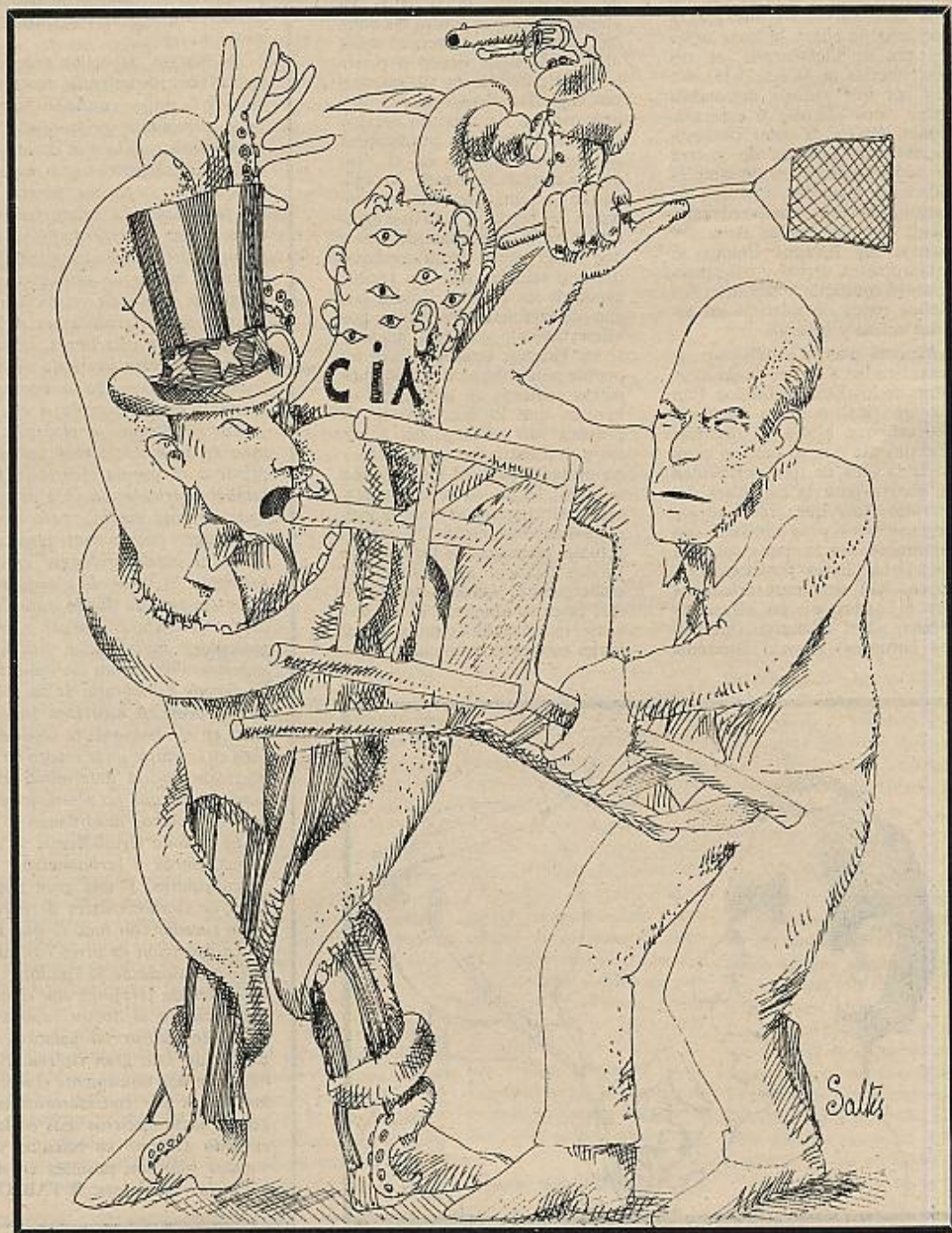
La Central Intelligence Agency fue una creación de Truman en enero de 1946: era un arma de guerra fría, y su territorio era el mundo entero, con excepción de un país: los Estados Unidos de América. En el caso de que sus investigaciones en el exterior condujesen a pistas en el interior del país, debía entregar éstas al FBI para que continuase sus investigaciones. El National Security Act de 1947 estipulaba de esa manera la carta de la CIA. El organismo fue creciendo de una manera monstruosa. Aunque su presupuesto es secreto, se considera hoy bastante superior a mil millones de dólares. Se calcula que tiene unos 12.000 agentes fijos y más de cien mil confidentes. En un principio, la CIA estaba destinada a dar informaciones al Presidente de los Estados Unidos y al Consejo Nacional de Seguridad o «consejo de los cuarenta», que preside el secretario de Estado: en la actualidad, Kissinger. La idea de que la CIA se ha ocupado siempre de la política interior americana se ha sospechado siempre, pero no se ha denunciado con el vigor con que se hace ahora. Los agentes se reclutan con bastante preferencia en medios universitarios, y sólo son admitidos tras una investigación cuidadosa de sus antecedentes políticos y morales. Su vida sexual cuenta mucho. Se les somete al «suero de la verdad» (pentotal) y a los detectores electrónicos de mentiras antes de ser aceptados.

La CIA ha sobrepasado su papel de simple informadora. Ha participado y participa en la modificación de los regímenes políticos de otros países. Recientemente se ha considerado el caso de Chile, y Kissinger ha confirmado este tipo de actividades de la CIA con una frase en la que consideraba que si algunos países eran lo bastante inconscientes como para dejarse caer en el

comunismo, los Estados Unidos tenían derecho a intervenir. Más que la intervención en Chile pareció escandalizar el perjurio de diplomáticos y funcionarios que ante el Senado habían declarado que Estados Unidos no había realizado ninguna clase de intervención en Chile. Otras operaciones

de la intervención directa de la CIA son muy conocidas: el desembarco en Cuba, por ejemplo. Muchas de estas operaciones se realizan, según se asegura, sin el conocimiento del Departamento de Estado. Pero no hay mucha seguridad. El propio Kissinger ha aparecido como complicado en el

asunto de Chile, en los de Grecia y Chipre. Y ahora se le acusa de nuevo por haber permitido, o quizá ordenado, la investigación de la CIA sobre ciudadanos de los Estados Unidos. Kissinger lo niega, y es él quien ha pedido una comisión de investigación para que examine el caso de la CIA.





La CIA dirigió el desembarco norteamericano en la Bahía de Cochinos sin contar con la Casa Blanca ni con el Departamento de Estado. Sobre estas líneas, cartel cubano de la OSPAAL (1970).

Aquel jefe de minoría era el actual Presidente de los Estados Unidos, Gerald Ford.

Esta historia aparece relatada junto con otras —de otros personajes de la vida política de los Estados Unidos— con todo detalle en el semanario «Time». Este semanario, igual que otras publicaciones de los Estados Unidos, continúa la información que ha sido iniciada por el «Times» de Nueva York. El periodista Seymour Hersh denunció que unos diez mil ciudadanos de los Estados Unidos han sido espías —o lo siguen siendo— por la CIA, principalmente por sus actividades contra la guerra de Vietnam o solamente por sus opiniones. Posteriormente, el «Times» de Nueva York ha publicado las declaraciones de un antiguo agente de la CIA, que se ha puesto en contacto con el periódico después que éste publicara su primer artículo, y que ha dado más detalles. El centro de operaciones de la CIA para el interior tenía —o tiene— como base la ciudad de Nueva York: un organismo llamado Domestic Operations Division, iniciado con unos 25 agentes, cuya misión era la de «mezclarse con grupos étnicos y universitarios». La operación comenzó hacia la mitad de la década de los sesenta como un servicio de rutina. Poco a poco fue creciendo en importancia. Convencían a personas de los grupos vigilados para que se convirtieran en confidentes. Muchas veces no les decían que la CIA estaba tras la operación, sino que se trataba de organizaciones preocupadas con que la nobleza de muchas personas al exponer sus opiniones fue-

se explotada por agentes comunistas chinos o rusos o por traficantes de drogas. Muchas veces convertían en confidentes a los profesores.

¿Quién inició estas operaciones? ¿Mandos menores de la CIA, su propia dirección? ¿O el Consejo de Seguridad? ¿Está Kissinger realmente complicado? ¿Lo está personalmente Ford, desde antes de ser Presidente? ¿Es por salvarse a sí mismo y a Kissinger por lo que Ford retrasa tanto la formación de la Comisión Investigadora de la CIA, si es que llega a formarse? Estas preguntas son de una extrema gravedad. Una respuesta afirmativa supondría la explosión de otro «caso Watergate», con consecuencias que podrían ser muy importantes. Otra vez sería la prensa y el Congreso quienes tratarían de restablecer el equilibrio democrático en esta intrusión de la CIA en las vidas privadas de los americanos, y no sólo para informar, sino para castigarlos. Por ejemplo, Cornelius Gallagher, miembro de la Cámara de Representantes por Nueva Jersey, figura en los «dossiers» de la CIA por haber tenido relaciones con dominicanos. Gallagher acaba de salir de la cárcel, después de diecisiete meses: estaba penado por evasión de impuestos. ¿Hubo realmente tal evasión, o fueron preparadas pruebas falsas contra él? ¿O se descubrió su evasión de impuestos por la CIA, que la comunicó en secreto a los agentes fiscales? Todo ello serían graves violaciones de los derechos constitucionales de la democracia de los Estados Unidos.

Uno de los rumores que circu-

lan por Washington es el de que la finalidad de esta campaña va, más que contra Ford y Kissinger —aunque estén alcanzados por ella—, contra la propia CIA. Se trataría de que la CIA fuese disuelta, y los servicios de contraespionaje y espionaje llevados por los militares en colaboración con el Departamento de Estado. La CIA puede haber dejado de ser útil desde que sus intervenciones son cada vez menos secretas, y constituyen un mecanismo demasiado abierto de la intervención de los Estados Unidos en el mundo. Lo importante es saber si la CIA tiene suficiente capacidad propia como para defenderse de esta campaña. Muchos temen que los informes que ha acumulado sobre las personalidades políticas americanas sean tales, que muchas personas duden en enfrentarse con ella ante el miedo de verse acusados a su vez por actividades económicas, políticas o sexuales que han querido mantener ocultas.

El mismo terror produce la Comisión de Investigación. Si se forma con justicia y equidad y con los plenos poderes que tiene en estos casos una comisión especial nombrada por el Presidente, todas las actividades de la CIA deberán ser conocidas por ellos. Los descubrimientos pueden ser muy importantes.

¿Un nuevo Watergate? Es posible que se detenga antes de ir demasiado lejos. Otro escándalo que concierne al Presidente de los Estados Unidos y a su secretario de Estado, cuando todavía duran los ecos del Watergate, sería difícilmente soportable por los Estados Unidos. ■

LA CIA EN AMERICA LATINA

Entrevista con Philip Agee por Gabriel García Márquez

SALVADOR Allende perdió las elecciones presidenciales de Chile en septiembre de 1964. El candidato triunfante fue el demócrata cristiano Eduardo Frei. En aquella época ese triunfo se consideró como un episodio más en la muy larga y tranquila historia de la democracia chilena. Sin embargo, ahora se va a saber que aquella derrota de Salvador Allende fue una victoria secreta de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos (CIA), que se gastó varios millones de dólares en fortalecer a los partidos de derecha y en comprar votos mercenarios contra el candidato socialista. Un hombre llamado Philip Agee, que entonces era oficial de la CIA en Montevideo, revela esta verdad y muchas otras en

un libro apasionante que se publicó en enero (1).

«Nuestro problema de entonces —cuenta Agee— era que la oficina de finanzas del cuartel general de la CIA en Washington no había podido obtener suficiente dinero chileno en los Bancos de Nueva York y había tenido que comprar en Lima y Río de Janeiro. Pero ni siquiera en esa forma habían podido satisfacer sus necesidades.

«Nuestro agente de compras en Montevideo —prosigue Agee— era el First National City Bank, el cual mandó sus hombres a Santiago para que compraran escudos chilenos con la mayor discreción y en pequeñas cantidades separadas. Re-

gresaron dos días después trayendo el dinero efectivo en la forma acostumbrada: dentro de maletas de ropa y sobornando a los guardias de aduana». Era tanto dinero que Agee necesitó una jornada completa para contarlo. «Al día siguiente —dice—, lo mandamos de nuevo a Santiago en la valija diplomática».

Philip Agee me habla estas cosas en Londres, en un castellano sin ningún acento regional y con una cara y un orden mental de buen estudiante de matemáticas, pero lo que más llama la atención en él es la naturalidad de su modestia. Es graduado en Filosofía en la Universidad de Notre Dame, en South Bend (Indiana), donde la CIA lo reclutó a los diecinueve años. Tra-

(1) Inside the Company: CIA Diary. Penguin Books, London.